

PRONÓSTICO Y TERAPIA EN EL TRATADO HIPOCRÁTICO «SOBRE LOS AIRES, AGUAS Y LUGARES». UNIDAD DEL ESCRITO

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ
U.N.E.D.

1. *Sobre los aires, aguas y lugares* es, sin duda, una de las obras más relevantes del *Corpus Hippocraticum* (C.H.). Siempre ha gozado de singular estima entre los estudiosos de la medicina hipocrática, y ha sido atribuido por numerosos críticos al propio Hipócrates¹.

Asimismo se le ha calificado como «libro de oro» de Hipócrates, por abarcar dentro de sí numerosos aspectos técnicos en extremo interesantes para los estudiosos de la ciencia antigua, en general, y los de la medicina científica, en particular. Se ha dicho con razón que «entre los escritos del C.H., ninguno capta el interés de la ciencia en mayor medida que este tratado»².

Pero es cierto también que no faltan puntos oscuros en el libro que nos ocupa; entre ellos, por citar sólo un detalle significativo con el que, en algún momento, se ha querido rebatir a los que sostienen tajantemente el carácter auténtico del escrito, no consta en ninguna parte descripción ni nota alguna referente a Tesalia ni

¹ Cfr. JOLY, R.: *Le niveau de la science hippocratique*, Paris, 1966, pág. 180; DEICHGRÄBER, K.: *Die Epidemien und das Corpus Hippocraticum*, Berlin, 1933, pág. 163, lo tiene por auténtico junto a *Epidemias*, I, II, III, IV y VI, *Sobre los humores*, *Sobre la oficina del médico*, *Sobre la palanca*, *Pronóstico*, *Sobre las fracturas*, *Sobre las articulaciones*, *Sobre la naturaleza del hombre*, *Sobre la enfermedad sagrada*, y quizá *Epidemias* V y VII. Por su parte, POHLENZ, M.: *Hippokrates und die Begründung der wissenschaftlichen Medizin*, Berlin, 1938, págs. 78-80, afirma su autenticidad, al lado de *Sobre la enfermedad sagrada*, *Pronóstico*, *Epidemias* I y III, y quizá *Sobre las fracturas* y *Sobre las articulaciones*.

² Cfr. POHLENZ: ob. cit., pág. 3.

a la costa de Tracia, donde en algún momento de su vida Hipócrates practicara la medicina.

Los críticos han observado, además, que frente a la sagacidad, la intuición y la postura racional, notas definidoras del autor del escrito, se ve en sus páginas una cierta propensión a la generalización fácil y sin fundamento y asimismo un cierto tono dogmático.

Por otra parte, *Sobre los aires, aguas y lugares* es un testimonio de valor incalculable para seguir la pista de teorías contemporáneas de diversa índole: filosóficas, geográficas, antropológicas y culturales. Así, el principio de la *krêsis* (mezcla y moderación), que se remonta hasta Solón, al menos; los postulados de *isomoiría* y *monarchía*, que llevan el cuño de Alcmeón; las teorías de Demócrito sobre que la naturaleza y la enseñanza (*phýsis kai didachê*) son cosa parecida, o sobre la etiología, o respecto a los abortos y a los animales múltiparos; de Hecateo y Heródoto puede percibirse la idea de la íntima relación entre la situación geográfica de un territorio y la naturaleza de sus habitantes; del mundo intelectual del momento, la teoría de la superioridad de los griegos sobre los bárbaros, a propósito de la cual surgieron en la época profundas diatribas, como podemos percibir en Eurípides; el tema de lo peculiar (*idion*), por oposición a lo parecido (*hómoion*), y las diferencias (*diaphorai, tà diallássonta, tà diaphéronta*), corresponde al acervo teórico de los historiadores; la preocupación por los pueblos exóticos, como escitas y saurómatas, la comparten también los primeros historiógrafos, etc.³.

Esa enorme riqueza de contenido está distribuida en nuestras ediciones en veinticuatro capítulos de extensión variada. A grandes rasgos, los once primeros tratan de ofrecer al médico que llega a una ciudad extraña la manera y método de conseguir suficiente información y conclusiones seguras sobre los habitantes, a partir de determinadas condiciones naturales del entorno geográfico. Los otros trece capítulos insisten en las diferencias existentes entre Asia y Europa y en las peculiaridades físicas y psíquicas de sus respectivos habitantes. La idea predominante en todo el tratado es la dependencia del hombre respecto del entorno ambiental en donde se encuentra, pero en la primera parte se incide más en lo personal e individual, tratando de establecer clases y normas generales de terapia, mientras que en la segunda interesan más las caracterís-

³ Algunos de estos puntos son ampliamente tratados por DILLER, H.: *Wanderarzt und Aitiologe. Studien zur hippokratischen Schrift peri aéron, hydáton, tópon*, Leipzig, 1934. Al mismo autor debemos la edición más moderna, con traducción alemana, de nuestro escrito: *Ueber die Umwelt (De aere, aquis, locis)*, Corpus Medicorum Graecorum, I, 1, 2, Berlin, 1970.

ticas generales de los pueblos, tanto desde el punto de vista corporal como respecto a su modo de ser.

2. Pero dejemos estos aspectos tan interesantes para limitarnos a nuestro tema esencial: estudiar el pronóstico y la terapia dentro del tratado que nos afecta.

Los más conspicuos estudiosos de los textos hipocráticos en el siglo pasado (Littre, Ermerins y Daremberg) ⁴ dedicaron gran atención al pronóstico dentro de la medicina hipocrática. Posteriormente, L. Edelstein ⁵ vio un estrecho paralelo entre los primeros capítulos de *Sobre los aires, aguas y lugares* y los tratados donde el pronóstico desempeña un papel decisivo en lo tocante al contenido (*Pronóstico, Predicciones I, Predicciones II y Prenociones de Cos*). Quiso advertir en nuestro escrito el lugar esencial para estudiar la teoría del pronóstico, aunque reparó en la necesidad de acudir a todos los textos en donde aparece el tema para poderse hacer una idea coherente del mismo, ya que en *Pronóstico*, por ejemplo, la prognosis está referida más bien a las enfermedades agudas. Para Edelstein, la prognosis es la predicción del resultado de la enfermedad, así como de sus fluctuaciones y mutaciones, pero comprende en sí, además, un conocimiento de la condición presente del enfermo y de sus síntomas más antiguos ⁶. Es decir, la prognosis abarca dentro de sí el futuro, el presente y el pasado.

Pues bien, a pesar del rigor y precisión de su estudio, Edelstein pecó quizá de subrayar con demasiado énfasis los aspectos externos, sociales, del pronóstico, al insistir en su importancia respecto del público, en general, y del paciente y el médico, en particular.

Hoy día se está de acuerdo en que el médico hipocrático, sirviéndose de los signos externos de la enfermedad (*sēmēia, tekmeria*), de la observación cuidadosa del cuerpo y constitución del enfermo y del conocimiento previo de las circunstancias ambientales e incluso astronómicas en que se desenvuelve el hombre enfermo, podía, sabía y quería ganarse la admiración, el aplauso y el reconocimiento monetario por parte de sus clientes, al manifestar, a la vista de un paciente dado, qué es lo que le ha sucedido antes y qué le va a ocurrir después. Para P. Laín Entralgo ⁷ el pronóstico fue, antes que ninguna otra cosa, un recurso técnico al servicio del diagnóstico,

⁴ Cfr. LAÍN ENTRALGO, P.: *La medicina hipocrática*, Madrid, 1970, págs. 267 y ss.

⁵ Dedicó al tema el capítulo II de su *Pert aéron und die Sammlung der hippokratischen Schriften*, Berlin, 1931, recogido ahora en *Ancient Medicine, Selected papers...* of L. Edelstein, ed. O. y C. L. Temkin, Baltimore, 1967, págs 65-85.

⁶ Cfr. *Ancient Medicine...*, pág. 69.

⁷ Ob. cit., págs. 270-271.

para captar de una vez, junto con el presente, el pasado y el futuro. Se ha señalado, además⁸, que la actividad pronóstica de los hipocráticos es expresión de un designio técnico, diagnóstico y terapéutico, todo a la vez. Es, efectivamente, un prever, más que un predecir.

En tal sentido, nuestro tratado expresa una mentalidad claramente pronóstica, acompañada frecuentemente de normas terapéuticas. El planteamiento atento al pronóstico puede percibirse a lo largo de todo el escrito, aunque en la primera parte destaca con más claridad. A la hora de fijar las reglas terapéuticas, nuestro autor parte de la base de que el hombre es una parte del cosmos y se ve sometido, por ello, a la influencia de su entorno vital. La influencia de la situación de las ciudades en la salud; el papel jugado por los vientos en la conformación física y en el surgimiento de enfermedades; la importancia de las aguas en la salud y la enfermedad; los climas como factores decisivos en las condiciones somáticas y psíquicas de los hombres, etc., son algunos de los puntos esenciales en que gravita la terapia recomendada a los enfermos, según edades y sexos.

Para el autor de nuestro escrito una norma terapéutica esencial es que el tratamiento debe dirigirse contra la causa de la enfermedad, siempre y cuando se tuviera en cuenta que no todos los tratamientos son igualmente adecuados para todas las personas. Asimismo la terapia ha de ser oportuna, para lo que se ha de conocer el momento del año y de la estación; la edad y el sexo del paciente. Otras normas terapéuticas, nunca demasiado elogiadas, son la recomendación de prudencia y la educación del paciente en puntos fundamentales para ayudarlo a recobrar la salud perdida o a conservar la que tiene.

¶

3. Es notorio en nuestro libro el esfuerzo por lograr un método válido y exponer un sistema coherente basado en el examen detenido y puntilloso del medio ambiente y en la experiencia y observación sobre la salud y la enfermedad. El autor trata de montar todas las teorías sobre unos postulados científicos, libres de especulaciones supersticiosas o de planteamientos exclusivamente filosóficos, pero no siempre logra su loable empeño. Hemos visto ya que en este tratado hay una notoria confluencia de principios y postulados sostenidos por pensadores anteriores o contemporáneos. Nuestro escritor no siempre acierta a elegir el ejemplo más ati-

⁸ Cfr. MÜRI, W.: *Arzt und Patient bei Hippokrates*. Studien zum Corpus Hippokratés, Berna, 1936.

nado para corroborar sus teorías y, a veces, sin dudarlo, se lanza a especulaciones arriesgadas y a hipótesis, cuando menos, sorprendentes⁹.

4. En los capítulos 1 y 2 se pasa detallada revista a los puntos que debe conocer quien quiera estudiar perfectamente la medicina: efectos de las estaciones del año, especialmente en sus cambios; vientos, tanto los generales como los típicos de cada ciudad; propiedades de las aguas (*tôn hydátōn tās dynámias*); posición de la ciudad respecto de los vientos y la salida del sol; suelo, si es pelado o seco, o frondoso y húmedo, encajonado y sofocante, o elevado y frío; tipo de vida de los habitantes, especialmente en lo relativo a ejercicios corporales, comidas y bebidas.

Si uno conociera todos esos datos, dice el autor, «no ignoraría, al llegar a una ciudad que desconoce, ni las enfermedades locales, ni cuál es la naturaleza de las enfermedades comunes, de suerte que ni andaría confuso en el tratamiento de las enfermedades (*en tēi therapeiēi tōn nousōn*), ni cometería errores, cosa que es natural que suceda, si se medita en los casos concretos sin conocerlos de antemano».

Según sea el transcurso del año, el médico sabrá decir qué enfermedades generales y cuáles particulares van a afectar a una ciudad determinada, «pues quien conoce los cambios de las estaciones y la salida y ocaso de los astros, a la vista de cómo ocurre cada uno de esos hechos, podrá saber de antemano (*proeidētē*) cómo va a ser el año. Reflexionando y preconociendo (*ennoúmenos kai prognōskōn*) de este modo, conocerá perfectamente la ocasión oportuna de cada caso (*toūs kairoūs perì hekástou*) y obtendrá un éxito grandísimo en la ciencia médica» (cap. 2).

Como vemos, el no cometer errores, el acertar en el tratamiento y el éxito personal son objetivos fundamentales del pronóstico.

«Si alguien pensara que esos datos son propios de la meteorología (*meteōrolōga einai*), en caso de cambiar de criterio, sabrá que la astronomía contribuye a la medicina, no en poquísima, sino en grandísima medida. En efecto, a los hombres les cambian los órganos internos (*koillai*) juntamente con las estaciones» (cap. 2).

Es decir, el médico presta atención no sólo al enfermo, sino también al universo cósmico en que el hombre se encuentra inmerso: astros, territorio, orientación, clima, estaciones del año, aguas y vientos.

⁹ Cfr. JOLY: *oc. cit.*, págs. 180-211.

Para algunos tratadistas la *medicina meteorológica*, caracterizada por una aproximación general a la naturaleza, según teorías que fueran postuladas por filósofos como Alcmeón, Empédocles y Demócrito, sería una doctrina típicamente coica. Según tal corriente de pensamiento, los elementos naturales, al constituir el entorno físico del hombre, ejercen sobre él efectos especiales a través de la respiración, comida, bebida y el tipo de vida, en general. Mas lo cierto es que una preocupación tal por el medio ambiente y el cosmos, en su conjunto, en su relación con el hombre, es rasgo común de toda la medicina llamada «hipocrática». Precisamente, J. Mansfeld¹⁰ ha querido demostrar que el escrito hipocrático al que más cuadra el testimonio de Platón sobre Hipócrates, a saber: que es imposible comprender la naturaleza del cuerpo sin conocer la naturaleza del todo (*Fedro* 270 c. ss.), sería precisamente *Sobre los aires, aguas y lugares*, donde aparece una verdadera teoría sobre las constituciones humanas, según sexo y edad.

El autor de nuestro escrito, además, precisa que, si los cambios climáticos producen enfermedades generales, la modificación de la dieta, en el amplio sentido que el término tiene entre los hipocráticos, acarrea afecciones individuales. La misma idea aparece repetidas veces en otros tratados hipocráticos, como *Sobre los flatos*, 6, y *Sobre la naturaleza del hombre*, 9.

Por otra parte, el autor es consciente del tono polémico de sus palabras y acude a la figura retórica de la refutación anticipada para evitar todo posible reproche sobre una pretendida orientación teórica de la medicina. Astronomía y meteorología vienen a ser aquí casi sinónimos, o, en cualquier caso, la primera sería una parte de la segunda.

5. En los capítulos 3-6 el escritor busca indicios (*sēmeia*) suficientes en los vientos para catalogar y sistematizar los tipos de ciudades desde el punto de vista del pronóstico. Encontramos aquí abundantes precisiones sobre el papel jugado por los vientos en la salud y enfermedad de los habitantes, vistos en general, y de las mujeres, hombres y niños, en particular. Es decir, nos hallamos ante un intento de patología especial distribuido por sexos y edades. En este sentido, la barrera de los treinta años parece haber sido para el autor hipocrático el dato decisivo para separar dos grupos de edades.

En las ciudades expuestas a los vientos calientes del Sur (cap. 3), los habitantes, en general, poseen una cabeza húmeda y flemática;

¹⁰ «Plato and the Method of Hippocrates», *G. R. B. S.*, 21, 1980, págs. 341-362.

padecen trastornos intestinales y tienen aspecto flojo. Las mujeres son todas de natural enfermizo; padecen flujos, resultan generalmente estériles y sufren abortos con frecuencia. A los niños les sobrevienen espasmos, asma y la enfermedad sagrada (epilepsia); a los hombres, disenterías y diarreas.

Frente a eso, en las ciudades sometidas a los fríos vientos del Norte (Cap. 4), los habitantes tienen la cabeza sana y dura, pero son mayormente biliosos. Las mujeres son estériles, por lo general, y tienen poca leche tras los partos; los niños llegan tarde a la pubertad. Se dan allí las enfermedades agudas. El carácter de las personas es bastante salvaje en tales ciudades.

En cambio, en las ciudades orientadas hacia el Este (cap. 5), los habitantes son sanos, vigorosos e inteligentes. Hay muy pocas enfermedades; las mujeres son fecundas y tienen buenos partos. Al contrario, en las ciudades en dirección Oeste (cap. 6), las personas son débiles y hay allí muchas enfermedades.

En su intento por sistematizar, el autor recurre a esquemas demasiado simples y contradictorios entre sí, cayendo, a veces, en apresuradas conclusiones y afirmaciones un tanto dogmáticas. Comprobamos, efectivamente, la existencia de dos oposiciones polares: vientos del Norte/vientos del Sur y vientos del Este/vientos del Oeste.

Pero algunas teorías quedan mal explicadas. Así, en el capítulo 3, tras decirnos que los habitantes tienen la cabeza húmeda y fleumática, se sostiene que no son buenos comedores ni bebedores, justificándolo de esta guisa: «efectivamente, los que tienen la cabeza débil no pueden ser buenos bebedores (*agathoi pinein*), pues la borrachera les ataca más (*hē gār kraipátē mallon piēzei*).

No termina de quedar claro, en este capítulo, por qué la flema, al entrar en los intestinos, si bien provoca disenterías, diarreas y hemorroides, libera de enfermedades agudas, pues el autor se limita a decir que tales afecciones no se dan cuando los intestinos son húmedos.

Por otra parte, en los capítulos que estudiamos se vislumbra la teoría de las cuatro propiedades (húmedo/seco, frío/caliente), que sale a la luz en alguna ocasión. No se nos expone, empero, un cuadro coherente y completo de tales propiedades, sino que nos encontramos ante un esquema teórico y preconcebido, relacionado, ciertamente, con los postulados de otros escritos hipocráticos.

Nos choca, en verdad, la afirmación de que las ciudades expuestas a los vientos calientes del Sur favorecen la flema. En realidad, tales vientos traen la lluvia, al menos en Grecia peninsular, insular y en parte de Jonia, lo que está en consonancia con la condición húmeda de la flema. Pero en otros escritos hipocráticos leemos que

la flema es un humor frío (cfr. *Sobre la naturaleza del hombre*, 7), no caliente, como parece desprenderse del capítulo 3 que hemos estudiado.

Cabría ver en ciertos postulados de estos capítulos una influencia del pensamiento de Demócrito, concretamente en lo referente a que el viento húmedo del Sur provoca el aborto y a que éste es más propio de las regiones meridionales que de las nortefías (A 152 Diels-Kranz).

Respecto de las mujeres, el capítulo 3 mantiene que muchas son estériles por enfermedad, no por naturaleza. Con ello viene a confirmarse que las condiciones meteorológicas alteran la naturaleza humana, originando una enfermedad, o alteración patológica permanente.

Cierta exageración, por parte del autor del escrito que nos ocupa, cabe ver en el capítulo 5, a la hora de hablar de las buenas condiciones de los que habitan las ciudades que reciben los vientos del Este. Puede haber allí algunas enfermedades sin precisar cuáles, pero son menos numerosas y más flojas que en los demás sitios. Sus habitantes gozan de buen color, vigor, voz clara, etc. Incluso, y esto nos sorprende, son mejores, se nos dice, que los situados en dirección Norte, tanto en actitud como en inteligencia (*orgên kai sýnesin*), pues también los demás seres de estos lugares, insiste el autor, son mejores que los demás. La razón de tan gran excelencia física y psíquica habría que buscarla, pensamos, en la moderación del calor y del frío, nota característica de la comarca.

Resumiendo, en el estudio de la orientación de las ciudades respecto de los vientos, el autor acude al pronóstico en la medida que ordena unos hechos presentes atendiendo al pasado y al futuro. Establece datos de indudable valor para el estudioso de la medicina, pues constituyen un saber técnico de utilidad inmediata al establecer el diagnóstico. Pero no encontramos aquí ninguna prescripción terapéutica, cosa que sí hallaremos en lo pertinente a las aguas. El autor habla de enfermedades endémicas (aunque quizá fuera mejor traducir *epichōria* por «propias del país» o «de la ciudad») y otras generales (*pánkoína*), producto del cambio de las estaciones.

Así, junto al intento de sistematizar y describir una pauta general en el curso de las enfermedades locales, el hipocrático, inteligentemente, deja abierta la posibilidad de otros trastornos impredecibles, no dependientes, por tanto, del pronóstico, originados por el cambio de las estaciones del año.

6. Consagrados al estudio de las diversas clases de agua están los capítulos 7, 8 y 9, donde las primeras frases nos remiten indu-

dablemente al pronóstico. Al comienzo del capítulo 7 leemos: «Quiero explicar ahora, a propósito de las aguas, cuáles son malsanas, cuáles muy saludables y cuántos males y bienes es natural que se produzcan a causa del agua, pues ésta contribuye mucho a la salud.»

Las aguas son divididas bajo distintos puntos de vista. Así, las hay de fuente y de otro origen. Las mejores, se nos dice, son las de fuentes sitas en lugares elevados, pues son dulces, transparentes y apropiadas para mezclarse con un poco de vino. Junto a esa división, encontramos otra que atiende a la orientación de las fuentes. Las mejores son las aguas de fuentes orientadas hacia el Este; las peores, las que miran hacia el Sur.

Respecto a la terapia: una persona sana puede beber aguas de todo tipo, según se presente la ocasión, pero el enfermo ha de guardar ciertas precauciones. Los que tienen el vientre duro (estreñido, diríamos) beberán aguas ligeras, claras y dulces; a los que tienen el vientre blando, húmedo y flemático les convienen las aguas duras y algo saladas. Advertimos la presencia del principio alopático *contraria contrariis curantur*, propio de una visión polar de la realidad física. El autor, empero, tiene muchas reservas respecto de las aguas, pues la experiencia le mostraría, sin duda, que hay personas sanas sea cual sea el agua ingerida. Efectivamente, tras haber sostenido que las aguas saladas, crudas y duras no son buenas para beber, advierte, a renglón seguido, que hay algunas constituciones y enfermedades (*eisî d'éniai phýsies kai nousêmata*) a las que resulta conveniente el hecho de tomar esas aguas (cap. 7).

Al hablar de las aguas de lluvia, el escritor se deja llevar por consideraciones excesivamente teóricas. Expone con agudeza la evaporación del agua, como resultado de la acción del sol, pues éste, dice, se lleva consigo la parte más fina y ligera del agua, dejando, en cambio, las sales. Tal teoría de la evaporación se remonta, al menos, a Anaxágoras, para quien el líquido estancado al principio, tras ser calentado por el sol y haberse evaporado su parte más fina, se convirtió, para después, en salado y amargo (A 90 D. K.). Ahora bien, nuestro autor, intentando demostrar que el sol arrebatada y se lleva consigo cualquier humedad, sostiene, contra toda evidencia, que un hombre no suda cuando está expuesto al sol, porque éste se lleva el sudor.

Otra afirmación dogmática, sin base en la realidad, es la de que, en medio de un invierno riguroso, puede verse a simple vista la disminución del agua de una vasija de resultas de la congelación. Dice así: «Efectivamente, si quieres, cuando sea invierno, echa agua en un vaso con una medida y exponla a la intemperie, donda más se hiele; después, al día siguiente, llévala al sol, donde más se

deshaga el hielo, y, cuando se haya licuado, mide el agua: com probarás que es bastante menos. Esta es la prueba de que, a causa de la congelación, desaparece y se seca la parte más ligera y sutil, pero no, desde luego, la más pesada y densa, pues no podría hacerlo» (cap. 8).

El examen lingüístico del texto nos permite obtener reveladoras conclusiones sobre el espíritu que se esconde tras las palabras. En efecto, los subjuntivos eventuales con *hótan* («siempre que») indican que se trata de hechos repetidos en tiempo indefinido, de manifestaciones constantes, es decir, de un punto de partida necesario para deducir leyes universales.

Está claro, para nosotros, que no puede darse una evaporación abundante con temperaturas tan bajas y que, en cualquier caso, la disminución del agua no sería resultado de la congelación de la misma, contra lo que quiere demostrar el hipocrático.

El capítulo 9 ofrece un interés especial, incluso para el hombre de nuestro tiempo. Leemos allí cómo la mezcla de agua, es decir, beber aguas de todo tipo o que proceden desde lejos o que son resultado de la unión de otras varias, produce enfermedades del aparato urinario: cálculos, nefritis, estranguria. Además, ciática y hernias.

En la mezcla, las aguas rivalizan entre sí; cada una trata de vencer sobre las demás (piénsese en el dominio de un elemento sobre los demás, o *monarchia*, frente a la situación en que los distintos componentes guardan un equilibrio constante —*isonomía*—, teoría que fuera bien formulada por Alcmeón de Crotona —B 4 D. K.— y que tiene claras resonancias en el *C. H.*, especialmente en lo referente a los humores) y, en cada ocasión, se impone la más fuerte, que no siempre es la misma, sino que depende de los vientos.

Tales aguas revueltas y mezcladas depositan lodo y arena en las vasijas que las contienen. En las personas que las beben producen cálculos. Ahora bien, no en todas las personas, sostiene agudamente el médico hipocrático, sino en las que tienen una predisposición especial. Es decir, el pronóstico —acción y efecto de precocer lo que ha sucedido para poder asumir mejor lo que sucede y prever lo que ha de ocurrir— se ve limitado y precisado por un hecho de patología especial. Enferman, precisamente, aquellos en que la salida de la vejiga —*ho stómachos tês kýstios*— se les cierra a causa de una inflamación de la vejiga y del vientre.

Ciertamente, la formación del cálculo por condensación de las impurezas de la orina; el choque del cálculo contra el orificio de salida de la vejiga; el fuerte dolor que se produce al ser imposible la micción, son de las líneas más sugerentes del tratado que estudiamos.

En este capítulo, pronóstico, terapia y etiología del fenómeno están estrechamente unidos¹¹. Por cierto que la preocupación etiológica, es decir, el gusto por dar una explicación racional y convincente de los hechos, aun siendo evidente desde las primeras líneas del tratado, es especialmente notoria en los tres capítulos dedicados a las aguas. Este dato puede esgrimirse contra quienes siguen pensando que *Sobre los aires, aguas y lugares* es el resultado de unir dos escritos de autores distintos: de un médico itinerante (capítulos 1-11) y de un etiólogo (caps. 12-24)¹².

Nuestro autor, al fijar la terapia de la litiasis, presta la debida atención a la diferencia entre hombre y mujer en este punto concreto¹³. Se nos dice, en efecto, que en las mujeres no se forman piedras —tal es el término utilizado (*pôroi*, «piedra caliza o toba», muy usada en la construcción de edificios, que alterna en el texto con *lithiôd*, «padecer cálculos», verbo creado sobre *lithos*)—. La razón aducida para justificar cómo difieren los sexos ante esa afección es clara y convincente: la uretra de la mujer es corta y ancha; en los hombres, en cambio, tal conducto no es directo ni ancho, y, por eso, son propensos a padecer tal enfermedad.

Todo lo expuesto merece nuestra estima en grado superlativo, si pensamos que todas esas conclusiones son obtenidas por un médico atento a la naturaleza humana, constitución individual, sexo y edad; que se atiende a la exploración sensorial del cuerpo del enfermo, buscando indicios que, en este caso, serán los distintos tipos de agua y signos probatorios (*tekmëria*) —advierte, por ejemplo, que los niños afectados de litiasis se frotan y estiran el sexo, por creer, dice, que allí está la causa de la micción—, pero que no practica, en absoluto, la anatomía.

¹¹ Cfr. LESKY, E.: «Zur Lithiasis-Beschreibung in *peri aéron hydátôn, tópon*», *W. S.*, 63, 1948, págs. 69-83, precisa algún punto oscuro, como el de sostener que los que padecen cálculos expulsan una orina clarísima, por haber quedado dentro de la vejiga, dice el autor hipocrático, las impurezas del agua. Tal opinión va en contra de la evidencia médica, como la recogieran los *Aforismos*: «los que tienen sedimentos arenosos en la orina, padecen de cálculos en la vejiga», IV, 79.

¹² DILLER: *Wanderarzt...*, págs. 106 ss., cree que la segunda parte es de un autor que conoce los escritos de la escuela de Demócrito, especialmente lo referente a la teoría de la causalidad.

¹³ LESKY: art. cit., se detiene cuidadosamente en la cuestión. Aparte de las afecciones típicas de la mujer, percibimos en el tratado unas connotaciones especiales sobre el sexo femenino sin aparente justificación. Así, en el cap. 9 se compara a la mujer, en general, con las personas de constitución húmeda, con los flemáticos. «Es natural que a los flemáticos y a las mujeres les sobrevengan disenterías, porque a causa de su constitución húmeda (*ten hygróteta tês phýsios*), la flema baja fluyendo desde el cerebro.»

Así pues, en el caso concreto de la litiasis, junto al pronóstico, encontramos una etiología de la enfermedad y algunas medidas terapéuticas, de entre las cuales podemos mencionar una, curiosa, realmente. Tras decirnos que la leche, cuando no es buena, produce cálculos en los niños, el autor recomienda: «Es mejor que a los niños se les dé el vino mezclado lo más posible con agua, pues así es como menos queuma y reseca las venas.»

7. Los capítulos 10-11 están dedicados a la influencia de las estaciones en las enfermedades. «Con respecto a las estaciones, se puede determinar (*diaginōskein*) cómo va a ser el año —ya malsano, ya saludable—, si se reflexiona como sigue.» Es decir, el pronóstico y el diagnóstico están íntimamente relacionados, en la medida en que, sabiendo algo anteriormente acontecido, como las lluvias y vientos de las estaciones anteriores, o los *semeia*, señales que ocurren a la salida y puesta de los astros, puede el médico pronosticar cómo y qué va a acontecer en el futuro.

La patología, en estos capítulos, está en estrecha relación con la edad, sexo y temperamento. Así la distinción entre biliosos y flemáticos es esencial. Puede decirse, en general, que las estaciones húmedas son malas para los flemáticos y las secas para los biliosos. Es el momento de las afecciones melancólicas, toda vez que se seca y agota la parte más húmeda y acuosa de la bilis y queda, en cambio, la más densa y agria (cap. 10).

«Si uno reflexiona y observa (*ennoúmenos kai skopoúmenos*) de acuerdo con estas normas puede prever (*proeideteē*) la mayor parte de lo que va a suceder a consecuencia de los cambios de estación» (capítulo 11). O sea, la reflexión y observación son previas a la previsión de los hechos futuros y, desde luego, a la aplicación de unas medidas terapéuticas concretas.

«Es preciso vigilar, sobre todo, los cambios más importantes de las estaciones y no dar purgantes a discreción, ni cauterizar en la región del vientre, ni cortar, hasta que pasen diez días o más» (capítulo 11). Vemos que ese plazo de diez días sería el mínimo que había de transcurrir, desde el cambio de estación, para que el médico se decidiera a aplicar, tanto la terapéutica normal, en el caso de los purgantes, como medidas especiales, como cauterizar y cortar.

8. Pasamos ahora a los capítulos 12-24, vistos hoy por los estudiosos como una ampliación y aplicación concreta de las teorías expuestas anteriormente (especialmente la que sostiene la influencia del medio ambiente sobre los habitantes), en vez de considerarlos, como se hiciera en otros momentos, un libro etiológico in-

dependiente y cerrado en sí mismo, consagrado a las tierras y sus habitantes.

Estos capítulos, en efecto, se proponen destacar las diferencias (*diaphorai*) existentes entre Asia y Europa, a la vista de varias de sus regiones y comarcas. La naturaleza viviente es examinada desde una perspectiva global —plantas, animales y hombres—, con una óptica que bien pudiera llamarse ecológica. A la vez, observamos el deseo de establecer un lazo casual entre el carácter de un pueblo y las condiciones físicas del país en donde habita. Se ha calificado a esta sección de nuestro tratado como *Völkerpsychologie* (Psicología de los pueblos), a la manera de la que luego sería postulada por Montesquieu¹⁴.

Ocupan aquí un lugar relevante datos interesantes para el médico: tamaño, figura, carácter, actitud intelectual, etc. El modo de vivir (la costumbre o *nómos*) y las condiciones ambientales son las razones esgrimidas para justificar las peculiaridades somáticas de macrocéfalos (cap. 14), pueblos del Fasis (cap. 15), escitas (cap. 18-19), etcétera. Las instituciones políticas son fundamentales para el modo de ser de los habitantes de un país. Por otro lado, encontramos casi siempre, junto a la prueba de los hechos (*tekmērion*) una contraprueba, que viene a demostrar que las cosas suceden de otra forma al dejar de darse determinadas circunstancias.

Nuestro autor incurre, a veces, en evidentes exageraciones al exponer la estrecha relación entre estaciones del año, países y habitantes. Tal ocurre cuando leemos: «Donde las estaciones sufren cambios muy grandes y muy frecuentes, allí la tierra es muy salvaje y desigual, y verás que hay muchísimas montañas boscosas, llanuras y praderas. En cambio, donde las estaciones no se diferencian gran cosa, allí la tierra es muy llana» (cap. 13). Es decir, el escritor llega al extremo de postular la dependencia del relieve terrestre respecto del clima, cuando acontece al contrario. En este mismo capítulo leemos en un tono ciertamente hiperbólico, para nosotros, que hay hombres parecidos a montañas boscosas y ricas en agua; otros, a lugares pelados y sin agua; otros, a parajes con praderas y pantanos; otros, a la llanura y la tierra desnuda y seca. Esta exposición será recogida y aplicada por extenso en el capítulo 24

9. De entre todo el rico contenido de los capítulos siguientes queremos ceñirnos al vigésimo por considerarlo un buen ejemplo

¹⁴ Es una idea que parte de GOMPERZ, TH.: *Griechische Denker*, I, Leipzig, 1896, pág. 250.

de la intensa relación entre el pronóstico, la terapia y la etiología de los hechos.

Sostiene el escritor que la terapia aplicada a los escitas (consiste en una cauterización, más que en simples tatuajes, como insinúa Diller¹⁵ en su traducción) sirve para remediar la humedad de su constitución. Tras el cauterio —piénsese en la oposición seco-fuego/húmedo-flema— los escitas se vuelven más vigorosos, más robustos y mejor articulados.

Otro detalle sobre el indudable espíritu crítico de nuestro autor es el que da razón de la existencia de numerosos impotentes entre los escitas. Esos tales lo serían de resultas de la incisión que se les practicaba, nos explica, en las venas de detrás de las orejas, y no por causa divina alguna. Tales venas son esenciales, en opinión del hipocrático¹⁶, para el correcto funcionamiento de la sexualidad.

En la línea del más puro racionalismo, el escritor de nuestro tratado apunta al hecho irrefragable de que tal dolencia se da especialmente entre los ricos, que no entre los pobres. Y acontece en los ricos, dice, porque éstos son los que practican la equitación en demasía y, al sobrevenirles dolores articulares por llevar las piernas colgando sin cesar, se quedan cojos y tratan de curarse haciéndose esos cortes en las orejas. Pues, dice el hipocrático, si tal enfermedad la mandaran los dioses, no sería natural que se diera entre los ricos, gentes que hacen muchos sacrificios en honor a la divinidad en virtud de sus muchas riquezas.

En todo caso, de forma paradigmática y un tanto orgullosa, el escritor sostiene que tal afección, la impotencia, es divina (*taûta tà páthea theîa eînai*) en la misma medida que lo son las demás, y que ninguna es ni más divina ni más humana que otra. Cada enfermedad, insiste, tiene su propia naturaleza y ninguna acontece sin causa natural (*kaì oudèn áneu phýsios gínetai*). Esta declaración programática, en la misma línea de la apuntada en *Sobre la enfermedad sagrada*, 1¹⁷, viene corregida por la afirmación de que la impotencia de los escitas es resultado, también, de llevar continuamente pantalones, prenda usual entre los asiáticos, pero impropia, a la sazón, del atuendo griego; otra causa más de tal afección sería, según nos

¹⁵ *De aere...*, pág. 71.

¹⁶ Cfr. *Sobre la generación*, donde en tres ocasiones es expresa la idea de que las venas procedentes del cerebro pasan por la espina dorsal hasta los riñones y los testículos; asimismo, encontramos allí la teoría de que los que han sufrido una incisión en las venas de detrás de las orejas eyaculan, pero la emisión seminal es, en este caso, poco abundante e infecunda.

¹⁷ Es un aspecto decisivo, entre otros varios, para que GRENSEMANN, H.: *Die hippokratische Schrift Ueber die heilige Krankheit*, Berlin, 1968, págs. 7-18, tenga a ambos escritos por procedentes del mismo autor.

precisa, el estar a caballo la mayor parte del día, pues con ello sobreviene la pérdida total del apetito sexual.

10. En el capítulo 24 vemos hasta qué punto el conocimiento de las condiciones del país es básico para el correcto establecimiento del pronóstico, ya que los datos de la naturaleza exterior (clima, altitud, humedad, situación, vegetación, vientos y aguas) son decisivos para prenocer la naturaleza somática y el comportamiento psíquico de los habitantes.

En la misma medida en que el pronóstico es un prenocer, más que un predecir, el tratado *Sobre los aires, aguas y lugares* termina dando una serie de datos técnicos de especial interés para el cabal conocimiento de la población desde el punto de vista médico. Persiste el viejo esquema temperamental basado en los humores (biliosos/flemáticos), pero se hacen otras consideraciones del todo interesantes sobre el carácter, valor e inteligencia de las gentes, sin olvidar, junto a las circunstancias ambientales, el concurso de las instituciones políticas en el modo de ser de los habitantes. Si los europeos (cap. 23) son más variados que los asiáticos en cuanto al aspecto físico, ello es debido, dice el escritor, a la alteración experimentada por el semen en el momento de su coagulación, como efecto último de los profundos cambios climáticos habituales en Europa, pero inexistentes en Asia.

11. El capítulo 24¹⁸, que ha llamado la atención de los estudiosos desde distintos ángulos, constituye, sin duda, la parte más oscura y problemática de nuestro escrito. En forma de anillo (*Ringkomposition*), recoge lo expresado en el capítulo primero a propósito de que el médico ha de informarse «acerca de la naturaleza del terreno: si es elevado y *seco* o frondoso y *húmedo*, y si está encajonado y es *sofocante*, o elevado y *frio*». Esas cuatro cualidades son debidamente asumidas al final del tratado y sirven para determinar las cuatro clases de países y de los respectivos habitantes.

Podemos concluir diciendo que *Sobre los aires, aguas y lugares*, escrito hipocrático de primera hora (en torno al 400 a. C.) que forma una unidad literaria y lingüística evidente¹⁹, aun dentro de los titubeos y vacilaciones propias del momento fundacional de la ciencia

¹⁸ Cfr. el último e interesante trabajo sobre la cuestión. Es obra de GRENSEMANN, H.: «Das 24 Kapitel von De aeribus, aquis, locis and die Einheit der Schrift», *Hermes* 107, 1979, págs. 423-441. Postula la unidad inseparable de la obra.

¹⁹ Los cambios repentinos de sujeto; la prolepsis de las subordinadas; los paréntesis con *gár*; el abundante uso de demostrativos; etc., aparecen uniformemente distribuidos por toda la obra.

médica y del tratado científico, refleja una mentalidad pronóstica, atenta a la terapia y preocupada por la etiología de las enfermedades. La actitud vigilante respecto a la geografía, la meteorología y la astronomía, en sentido amplio, no excluye en ningún caso la profunda inquietud somatológica de nuestro autor, convencido, en última instancia, del papel decisivo que tiene el cosmos en la génesis y desarrollo de las enfermedades, e incluso en la constitución y forma de comportarse de los habitantes de un país concreto, en la línea de lo que venía siendo postulado por los más conspicuos representantes de la filosofía jonia.